

cribiendo círculos hasta que, por efecto de un ejercicio tan violento, brotó de todos sus miembros copiosísimo sudor; entónces dos esclavas comenzaron á secar el cuerpo de la dama con el auxilio de unos raspadores de marfil, plata ó carei, miéntras que otras esclavas le restregaban la piel de las coyunturas con los dedos pulgares, á fin de conservar la suavidad y transparencia del cútis en aquellos sitios. Despues de esta operacion preliminar, Silia, rendida de cansancio y de debilidad, fué transportada y colocada dentro de un baño de agua tibia, donde no permaneció más que el tiempo indispensable para prepararse á una temperatura mucho más baja, y abandonando por su propia accion aquel baño, se arrojó en una extensa pila de mármol llena de un agua fresca y perfumada con las esencias más delicadas y aromáticas, saliendo y volviendo á entrar en ella repetidamente una vez y muchas más para aumeutar los efectos y las impresiones de la immersion.

Finalmente, Silia dió por terminado su baño y penetró en un departamento contiguo, que era la sala de su tocador, con el cútis fresco, terso y suave como el de una doncella de quince años. Sus jóvenes esclavas al verla entrar completamente desnuda, se extasiaron contemplando tan-

ta belleza y le prodigaron mil alabanzas. Una de ellas, llamada Daphne, que era la encargada de presentarle la ancha capa de lana en que Silia se envolvía miéntras le hacian el tocado de la cabeza, tuvo detenido un momento aquel lienzo admirando las formas de su dueña, y gritó á sus compañeras:

— Contemplad á la diosa por última vez, porque voy á ocultar tan extraordinaria hermosura.

Silia dejó escapar una ligera sonrisa al escuchar la lisonjera alabanza de Daphne, y envolviéndose en el vasto palio, tomó asiento delante de su mesa de tocador que sostenia un gran espejo de plata, cuyo pulimento estaba encomendado diariamente á un esclavo que hacía el bruñido frotando aquella plancha con sus manos.

Las primeras atenciones del tocador correspondian al peinado: no sólo estaban encargadas de esta operacion las esclavas que la ejecutaban, sino que ademas habia otras cuya mision era hacer observaciones sobre la perfeccion de los toques, y advertir el olvido de algun detalle. La eleccion ó señalamiento de la clase del peinado no ofrecia dificultades. Silia, segun proclamaba toda Nemausus, era bella como Minerva, sin afectacion; así se decia, y como Minerva, su peinado consistia en un

casco, pero no un casco de acero ni de oro, sino un casco formado por sus propios cabellos y no coronado con un buho, sino con flores artificiales confeccionadas por una esclava egipcia que Silia habia adquirido á un precio enorme en competencia con Fortunata, la esposa del duunviro Bíbulo, que la queria para su servicio.

Miéntas que las esclavas se ocupaban del peinado pidió Silia, y le fueron entregadas, las cartas que le hubieran sido dirigidas aquel dia. Leyó la primera con inquietud mezclada de curiosidad, y cuando se hubo enterado y asegurado de su contenido, tomó un stilo y escribió algunos renglones sobre una tableta, encargando á una de sus esclavas, la más bonita, y al mismo tiempo la más torpe, que fuese á entregarla á ese Bíbulo á quien se acaba de nombrar.

Silia separó despues otras muchas cartas, cuyas letras le eran conocidas, reteniendo en sus manos una de ellas que no leyó hasta despues de haberla examinado largo rato. Como si esta carta fuese portadora de una funesta y desagradable noticia, Silia hizo esfuerzos para decidirse á abrirla; pero desde el momento en que lo hizo y llegaron sus ojos á fijarse en ella, devoró de una sola mirada todo su contenido: despues la leyó toda desde el prin-

cipio hasta el fin sin detenerse en ningun párrafo. Por segunda y tercera vez volvió á leerla con calma y lentitud, experimentando igual complacencia al saborear cada una de las frases allí escritas, y más de una vez el ligero, pero marcado movimiento de sus labios, parecia dar á entender que ella hubiera deseado contestar con un beso aquellas palabras que la embriagaban de felicidad.

Ya hacia mucho tiempo que las esclavas habian concluido de peinarla, y Silia áun continuaba extasiada con la lectura de aquel escrito, y todavia despues de haberla terminado, permaneció muda, inmóvil y pensativa durante largo rato sin preocuparse por la presencia de sus esclavas que eran testigos de su abstraccion y distraimiento. En seguida tomó una tableta y empezó á escribir; pero habiéndose fijado sus ojos casualmente en la primera carta que ántes habia contestado, borró las pocas palabras que habia escrito, y arrojó la tableta con marcado disgusto. Silia deseaba y temia responder, dirigiendo miradas en derredor como quien busca un objeto, una idea ó algo que le ayudase al logro de sus deseos sin ninguna clase de peligros. Primero creyó haber encontrado el medio con el auxilio de unas flores que hacia pocos momentos le habian sido ofrecidas en pri-

morosas cestas por unas jóvenes Canéforas (1); tomó algunas de estas flores, escogiendo las más emblemáticas, y formó un pequeño ramo cuidadosamente arreglado por sus propias manos; pero ya fuese que Silia no hubiera podido encontrar las que más se adaptasen á las ideas y á los sentimientos que ella queria expresar, ó sea-se que no quisiese confiar estos sentimientos á un lenguaje figurado en extremo fácil de adivinar, ello fué que la dama arrojó al suelo las flores, como ántes habia desechado las tabletas, y volvió á quedar sumida en sus vacilaciones.

Aun permanecia abismada en ellas, cuando dos esclavas jovencitas, que casi eran dos niñas, se presentaron trayendo una pequeña mesa ó velador de limonero de África. Esta preciosa madera, que ha permanecido despues desconocida para las generaciones modernas, era entónces tan estimada como el oro. Al fijar Silia sus miradas én la mesa y en las frutas que la adornaban, se escapó de sus labios una ligera sonrisa, iluminándose su semblante

(1) Dejando al autor toda la responsabilidad de la aplicación, diremos que las Canéforas eran unas doncellas de distinguido linaje que habitaban en el templo de Minerva y que estaban destinadas á conducir en canastillos sobre la cabeza las flores y demas cosas propias para los sacrificios. — *N. del T.*

con una expresion de inmensa alegría; cesaron todas sus inquietudes, y se aproximó á la mesa, ó mejor dicho, se precipitó sobre ella. Desde luégo se comprenderá que esta súbita satisfaccion de Silia no reconocia por origen el incentivo del placer que podía gozar con los manjares de su desayuno, porque apénas los gustó con sus labios.

Lo primero que hizo fué producir un suave chasquido con sus delicados dedos, como quien llama á un perro, y al oir esta señal ó esta orden, acercóse á ella una anciana esclava, que habia permanecido desde el principio apartada en uno de los rincones de la sala. Silia le hizo otra señal, y la vieja se sentó frente á la seductora coqueta, la cual empezó á morder várias frutas con la punta de sus perlinos dientes, y las fué arrojando á la esclava que las devoraba con avidez. Silia parecia en extremo complacida con esta especie de juego, y cada vez que le arrojaba una fruta decia:

— ¡Para tí!

— ¡Para tí!

— ¡Para tí!

Finalmente, Silia tomó una hermosa manzana, la mordió ligeramente y la arrojó lo mismo que las otras á Enothea sin proferir palabra ninguna; la esclava, en

vez de comerse aquella fruta como lo habia hecho con las demas, la ocultó entre los pliegues de su túnica. Silia observó que habia sido comprendida, pero continuó todavía el juego durante algunos momentos, hasta que al cabo se levantó. Lo mismo hizo Enothea, diciendo por lo bajo á su dueña:

— Voy á entregar tu mensaje á Fausto.

Aquella manzana mordida era, en efecto, la más tierna y apasionada manifestación que una dama romana podia ofrecer á su amante, y era un emblema tanto más expresivo y absoluto, cuanto que no tenia la frase limitada de un escrito ni el sentido ó significacion aislada de una flor, sino que decia y manifestaba un ilimitado y vehementemente asentimiento á todo lo que la imaginacion ó el deseo de un amante quisiera suponer, sin que demostrase por eso audacia ni timidez. Traducido en toda la extension de su significado, queria decir: «acepto vuestro amor con la emocion, la dicha, el abandono, el éxtasis, la turbacion y el rubor que os pueda más halagar.»

Es indudable que la más elocuente declaracion de una mujer es su silencio, y más que su silencio, su fuga, si ántes de alejarse del hombre á quien ama le arroja una flor; pero si llegamos á identificarnos

con las costumbres de los tiempos de Roma la antigua, no es posible encontrar nada más halagüeño y seductor que el envío de una fruta donde la mujer amada hubiera depositado un beso imprimiendo en ella la señal con los dientes alabastrinos que ocultaban sus rosados labios.

Cuando Silia hubo contestado del modo que queda dicho las cartas que habia recibido, y cuando hubo terminado su sobrio desayuno, continuó la obra de su tocado. Había exclamado en el momento de abandonar el lecho que queria parecer áun más hermosa, es decir, más bella que la belleza misma, y al efecto, habia hecho prepararse todo cuanto en una mujer pudiera contribuir á la brillantez, admiracion y relieve de sus atractivos.

Debíase empezar por el punto más interesante y grave del tocador, puesto que se trataba nada ménos que de resolver qué composiciones ó cosméticos se habian de emplear este dia para suavizar y transparentar el cutis del rostro, del pecho, de la espalda y de los brazos, para blanquear el de las manos, y para bañar de un ligero rosado el de las mejillas y los labios. Entre las esclavas, las unas proponian el centeno hervido y amasado con aceite de almendras; pero era preciso dejar secar esta pasta sobre la piel, y luégo hacerla des-

aparecer con fomentos y lavatorios de leche; otras indicaban el hongo puesto en infusion tenia por objeto producir una ligera inflamacion en el rostro, por medio de la cual desaparecian las arrugas; pero este afeite fué desde luégo desechado como indigno de Silia, y sólo utilizable por mujeres cuya edad excediese de treinta y cinco años; las más ingeniosas propusieron para blanquear las manos la tierra de Samos ó bien la de Chio (1), y mejor la de Seleausco (2), disuelta en agua, que deja sobre la piel unos polvos blancos é impalpables que penetran hasta los poros y tegumentos del cútis. Simultáneamente esta celebraba la pasta de raiz de arroz que hace presentar la lozanía de la juventud; la otra preferia el purpurissimum ó esperma de púrpura preparada con vinagre, que no se extingue ni áun despues de lavado y enjugado el rostro; y todas, en fin, recomendaban y ensalzaban los afeites, cosméticos y pastas que consideraban

(1) Especie de tierra resolutive y astringente.

(2) Son dos islas del archipiélago griego, en las cuales se encuentra una sustancia mineral aplicada por los antiguos para los usos del tocador. El mismo Nerón, emperador romano, de las más obscenas costumbres y afeccionados vicios, llegó á emplearla para parecer hermoso á sus amantes y favoritos.—(N. del T.)

más eficaces para hermohear á su bella dueña.

Silia escuchaba con marcado indiferentismo esta importante y trascendental disertacion, y entretanto paladeaba y diluía dentro de su boca una pastilla de mirto para dar á su aliento un aroma agradable y embriagador; y cuando la discusion habia llegado al más animado extremo, ella eligió, de todas las sustancias conocidas y usadas entónces, la única que no se le habia aconsejado, y mandó que macerasen unas cuantas cabezas de amapolas en agua clara, diluyendo en ella un grano de incienso. En seguida se lavó las manos con esta simple preparacion, enjugándoselas luégo en la cabellera de una esclava que le presentó su cabeza destinada á este exclusivo servicio. Despues utilizó otra preparacion igual para bañarse el rostro, secándose con unas almohadillas de seda machacada, permaneciendo largo rato contemplándose al espejo sin hacer uso de ninguna de las otras pastas que le presentaron las esclavas. Sólo quiso que le pintasen ligeramente las cejas, y se esparció por la cabeza unos polvos rubios mezclados con arenas de oro, que adhiriéndose acá y allá en sus cabellos centelleaban graciosamente.

Silia se hizo calzar los piés con el airoso

zapato sicionense (1), tan renombrado y aceptado por su exquisita elegancia. Este calzado reunía todas las condiciones; como el zapato de las severas matronas romanas no cubría el pié por completo ni ocultaba el nacimiento de la pierna, y como la caliga ó sandalia de los soldados, adoptadas por las cortesanas y meretrices, no dejaba enteramente desnudo el pié; el sicionense establecía el justo medio entre ambos sistemas de calzados, y las bandeletas ó cintillas color de grana que lo sujetaban, formando un cruzado sobre las piernas, hacía que resaltase más y más la blancura del pié.

En seguida, abandonando Silia su extensa envoltura, vistióse con la primera túnica, que, trasparente como un *tisú aéreo* (2), la cubrió de blanca sombra; no tenía mangas, y apenas subía poco más de la cintura. Despues colocóse la segunda túnica, que era color de púrpura, no ménos gaseosa y ajustada que la primera, y como ella igualmente sin mangas, en extremo escotada y que no bajaba más allá de

(1) Sabido es que la civilización, las artes y las costumbres de Grecia fueron importadas en Roma. Sicione era una famosa ciudad del Peloponeso, cerca de Corinto, que imponía las modas y el buen gusto en el vestir. Hoy sólo se distinguen sus ruinas.—(N. del T.)

(2) Frase de Petronio, escritor y poeta de tiempos de Neron.—(N. del T.)

la rodilla. Finalmente, se revistió con una tercera y última túnica de un *tisú* diáfano, pero de una anchura ó vuelo extraordinario, y justamente en el arreglo y orden simétrico de los pliegues de este traje, bajo el cinturón que rodeaba el talle, era donde las esclavas debían demostrar á sus señoras la perfección del arte y del buen gusto. Esta túnica flotante debía cubrir todo el seno de la mujer y dejarlo todo ver; debía caer bastante baja por delante para dar decencia y esbeltez, y al mismo tiempo debía permitir que se viesen los piés y no dificultar el movimiento de éstos, arrastrando, empero, por detras lo bastante para descoger con elegancia, con finura y gracia, el ancho bordado de oro que la guarnecía. Tenía esta túnica ó toga mangas abiertas que se ceñían en el extremo de los brazos con broches ó brazaletes de oro y piedras preciosas; pero en vez de estar en ambos lados á igual altura, subía por encima del hombro izquierdo y descendía por debajo del derecho, dejando al descubierto el nacimiento del brazo y la región vellosa, que las damas romanas se hacían afeitar.

Mas de una vez Silia se cogió el falso de su túnica alzándolo con la mano izquierda de manera que la pierna quedase al descubierto. Así era como marchaban de

ordinario, y según costumbre, las mujeres, que sin exponerse á la crítica ni al calificativo de despreocupadas, no afectaban, sin embargo, un severo pudor. Silia estuvo examinándose breves momentos, y concluyó por dirigirse á Daphne, que era siempre la más favorecida entre sus esclavas, diciéndole:

— ¿Es cierto que Pannychis, la cortesana, ha adoptado el uso de túnicas á la Lacedemonia, abiertas por el costado hasta la cadera y sujetas solamente por un broche en el muslo?

— Es cierto—respondió Daphne;—y no sólo ha sido adoptado por ella este uso en la túnica de encima, sino también en la segunda túnica, así es que fácilmente puede contemplarse cuán grande es su hermosura.

—Esas mujeres son una raza de harpías que llevan la putrefacción y el veneno á cuanto tocan—exclamó Silia.—Apénas se acaba de introducir esa airosa moda, y ya ellas se la han apropiado con feroz avidez, hasta el punto que una mujer honesta no puede vestir de ese modo. Bien pronto ellas solas tendrán el derecho y la facultad de aparecer bellas, y esto sería digno de que un monstruo tan prostituido como Neron pusiese en vigor el decreto de Tiberio, que les prescribía el uso de túnicas

cerradas. Hemos llegado al lamentable extremo de ver cómo han desechado la toga después de haberla prostituido; y si no se otorga un permiso especial del Emperador á cada noble dama para usar la túnica laticlavia, será necesario que nos envolvamos en un saco, á fin de diferenciarnos de la mancebía.

Después de haber pronunciado estas palabras, se encaminó Silia á otro departamento, donde la esperaban los diamantes, los collares, los brazaletes, los broches y los pendientes, que debían completar su elegante *toilette*, y así que se hubo colocado estos ricos adornos, quiso informarse de si habían llegado algunas personas para visitarla, y supo que muchos nobles patricios esperaban su permiso para saludarla. Ya iba á comunicar sus órdenes para que fuesen introducidos, cuando penetró en la sala el esclavo del atrio repitiendo la frase del griego:

—El poeta Eumolpe llega y quiere hablarte, siendo portador de interesantes noticias de Roma y de Silano.

Semejante aviso no podía llegar en más críticas circunstancias.

Silia tenía ya destinadas todas las horas de aquel día, que era un día importantísimo para ella. En primer lugar, era el designado para la inauguración del gran

Circo, y Silia queria asistir al espectáculo para vencer como la más bella, en competencia con todas las mujeres de Nemausus. Indecisa é irresoluta entre acceder á las pretensiones del viejo duumviro Bibulo, ó aceptar el ardiente amor de Fausto, el elegante tribuno de la décima legion romana, habia dado una audiencia al primero y habia enviado al segundo un expresivo y vehemente emblema de amor. Se trataba, pues, para Silia de ser inmensamente feliz ó inmensamente rica: dos perspectivas entre las cuales hay el peligro de que vencie la mujer más virtuosa. Y Silia habia escogido aquel dia para adoptar una terminante decision: queria presentarse en el Circo, triunfar por su elegancia, por su distincion y por su belleza, lograr que la admiracion y los aplausos del público la proclamasen como la mujer de más perfeccion y de más atractivos; y despues de conseguido esto y de haber excitado así la pasion de aquellos dos amantes, ver lo que cada cual le ofrecia en cambio de su amor.

Sería preciso rechazar con indignacion, como una calumnia injusta, la creencia de que en el corazon de Silia no se anidaba más que el sentimiento de un cálculo miserable. El mensaje de amor que habia enviado á Fausto demostraba que tenia un

íntimo y secreto deseo de amar y ser amada honestamente, es decir, todo lo honestamente que puede conducirse la mujer casada que se entrega á las caricias de un amante. Ella sabia perfectamente todo lo que podia esperar de Fausto: amor y adoracion, y nada más que adoracion y amor; eso era todo. De consiguiente, desde el momento en que Silia no estaba inclinada preferentemente á venderse al viejo y veleidoso Bibulo, y desde que se considere que el amor apasionado de Fausto pesaba en la balanza de sus decisiones tanto ó más que los tesoros del duumviro, se tendrá la prueba de que en su corazon no habia sólo un sentimiento de cálculo.

La esposa de Silano no conocia al poeta Eumolpe, y el anuncio que acababa de recibir de la llegada de un extranjero que le traia noticias de Roma y de su esposo, era una gran contrariedad que se le presentaba. Lo que aquel emisario iba á decirle podia hacerla desistir de lo que ella habia resuelto intentar, y en tal momento hubiera preferido más bien que este mensaje se hubiera retardado, aunque en esencia fuera un obstáculo á sus proyectos, ántes que verse sumida de nuevo en las incertidumbres y vacilaciones, cuyo término deseaba alcanzar á cualquier precio. Sin embargo, como no habia medio hábil ni prudente de

rechazar al poeta, ordenó que éste fuera introducido, despues de enviar un recado de excusa á los amigos, que desde ántes esperaban, por no poderlos recibir.

Frecuentemente Silia tenía la costumbre, tanto en su tocador como en su cámara, de hablar delante de sus esclavas de las cosas más íntimas y reservadas, sin preocuparle ni darle recelo de que aquéllas pudiesen escucharlas; pero esta vez un secreto presentimiento le inspiraba la precaucion de alejarlas, y recibió á Eumolpe sola y con la alarma en el corazon.

El poeta se presentó con esa petulante y afectada importancia del hombre que sólo está acostumbrado por instinto y por sistema al empleo de la lisonja y de la adulacion: saludó á Silia con humildad, y en seguida se irguió inflando los carrillos y arrugando la vista.

Silia era por todo extremo perspicaz, y ademas tenía perfecto conocimiento de los hombres para no dejar de presumir con acierto qué clase de sujeto era aquél, al solo exámen de su aspecto: pero la cualidad de poeta de que él hacia alarde, y que otro en su lugar hubiese ocultado como poco recomendable, dió á Silia la medida del recibimiento que debía otorgarle y del tono con que habia de hablarle.

—¿ Es verdad, — le dijo secamente — que

mi esposo te ha encargado de un mensaje para mí?

— Tu esposo no me ha encargado de nada, y sin embargo, tengo alguna cosa importante que hacerte saber.

— ¡ Ah! comprendo — dijo Silia con menosprecio. — Tú habrás encontrado á Silano en Roma, habrás obtenido de él alguna audiencia, á fuerza de solicitudes, y crees con eso haber alcanzado un título para venir aquí á implorar de mi favor alguna proteccion: conozco perfectamente este sistema de introducirse y de acercarse á cierta clase de personas; no soy tan incauta.

Eumolpe, en la conviccion y seguridad de que la importancia de las noticias que él podía comunicar, le servian de garantía para no ser arrojado y áun para contener el menosprecio de Silia, se sonrió primero desdeñosamente, y despues de un momento de silencio, añadió:

— Silia, me parece algo impertinente eso de rehusar lo que no te se ha pedido. Debieras haber previsto que quizás ántes de mucho pudiera yo á mi vez rehusar lo que tuvieras tú interes en ofrecerme.

Silia tenía bastante experiencia de estos entes parásitos, y sabía muy bien las artes de que se valian para llegar al logro de sus fines. Así, pues, no se dejó sorpren-

der por la actitud altanera y confiada del poeta; pero una oculta voz decia á Silia en su alma que aquel hombre poseia algun grave secreto, y dominada por la impaciencia, exclamó:

— ¡Habla, pues! ¿Qué tienes que decirme?

— Silia, — replicó Eumolpe, sondeando el terreno para saber de la dama romana lo que no habia podido averiguar de los dos jóvenes extranjeros. — Silia, ¿no es verdad que debe ser una dicha inmensa para una madre la de volver á ver á sus hijos?

— ¡Sus hijos! — gritó Silia con un acento que no podia dejar duda á Eumolpe de que aquella mujer era madre. — ¿Sus hijos, dices? ¿Se trata acaso de los míos? ¿Por ventura me los envia Silano para sustraerlos á los furores de Neron, como se ha visto obligado ántes á alejarme de Roma para ponerme al abrigo de su amor insensato?

Eumolpe dejó escapar una sonrisa maliciosa al escuchar la explicacion de la aventura de Silia con Neron, y con esto se aumentaron las alarmas de aquélla.

— En fin — gritó impetuosamente la noble patricia, — ¿qué sucede? ¿Qué desgracia me amenaza? ¿Qué debo prevenir para evitarla?

— Quizás sea una desgracia y quizás

sea una dicha: eso depende de tí misma.

Silia comprendió que su impaciencia la entregaba á las garras de aquel hombre, y dominando su carácter violento, dijo con simulada calma:

— Me dispongo á escucharos para cuando gustéis empezar á hablar.

— Pues bien — dijo Eumolpe. — Silano no es quien me ha enviado á tí, porque Silano ha muerto.

— ¡Muerto! — exclamó Silia, cuyo rostro se cubrió de palidez.

Ninguna mujer, sea de la clase y condicion que sea, recibe sin emocion la noticia de la muerte de su marido; ni aun aquella que en su fuero interno lo considere un obstáculo para el éxito de sus miras y del cual aspira, hasta en sueños, verse libre.

Silia se dejó caer sobre un lecho de descanso, abrumada bajo el peso de aquella noticia, con la vista inmóvil é incierta, y por muy preocupada que estuviese su mente por el estado de sus proyectos, herida ó mejor dicho, atacada así de improviso por un acontecimiento tan inesperado, hubo un momento de turbacion en su espíritu, del cual, no obstante, se repuso en breve. La muerte del esposo no pudo dominar completamente la preocupacion que sus designios y sus proyectos inspiraban á aquella mujer, y su pensa-

miento se fijó solamente en buscar la manera de modificar la ejecucion de sus planes, en vista de los nuevos sucesos.

—¡Muerto!—repitió—¿y cómo?

Eumolpe le refirió lo que le habia oido narrar á Cneyo, y al conocer Silia los detalles de la trágica muerte de su esposo, exclamó:

—¡Ah! bien reconozco en esa heroica conducta la noble virtud de Silano: sí; era un digno patricio y un digno ciudadano; por eso ha preferido la muerte y no la infamia.

Durante un largo rato Silia hizo el elogio de su esposo, conmovida por el llanto y los sollozos; porque no es una contradiccion derramar lágrimas honorables á la buena memoria del esposo perdido, á quien, sin embargo, se le deseó la muerte cuando vivió.

Causará indudablemente asombro que esta madre no hubiera pronunciado aún el nombre de sus hijos; pero es necesario considerar que la noticia de la muerte de su marido, por lo inesperada, habia ocupado todo su pensamiento. Al fin Silia preguntó á Eumolpe:

—¿Y no habeis sabido nada de mis hijos?

—Están en Nemausus.

—¡En Nemausus!

—A la puerta de vuestro palacio.

—¡Gran Dios!—exclamó Silia incorporándose para correr al encuentro de ellos.

Pero una singular y súbita reflexion la detuvo.

—¿Por qué—preguntó á Eumolpe—no se han presentado á mí desde luego?

Eumolpe esta vez dijo sencillamente la verdad, porque se consideraba ya suficientemente iniciado en los secretos de Silia, para no exponerse sin ventaja ninguna á una mentira bien fácil de descubrir. El poeta refirió su casual encuentro con Cneyo y Chrysis, explicando minuciosamente todos los detalles, y haciendo gala de su talento, para dar al recitado todo el interes de que pudiera adornarle el más hábil prosista. Silia, en tanto, permaneció inmóvil y pensativa, y al mismo tiempo que escuchaba la narracion de Eumolpe, bien podia comprenderse que rodaba por su imaginacion un nuevo proyecto. Ya hacia tiempo que el poeta habia dicho cuanto tenia que decir; pero aún continuaba hablando. Silia sabia ya todo lo que le interesaba saber; pero dejaba charlar á Eumolpe para poderse escuchar á sí misma sin ningun temor; porque se consideraba más al abrigo de la observacion de aquél en presencia de su charlataneria, que no frente de su silencio. Cuando ella hubo

meditado á su sabor y cuando hubo resuelto el partido que debía tomar, interrumpió al poeta diciéndole:

—Así, pues, ¿no hay en Nemausus nadie que sepa nada de lo que me habeis dicho, más que vos?

—Nadie.

—¿Solamente sois vos quien sabe que mis hijos están en Nemausus?

—Yo solamente, y hasta ellos mismos ignoran que yo los tengo por tales hijos vuestros.

—¡Perfectamente!—exclamó Silia con satisfacción porque todo concurría en ayuda de sus planes. —Ahora bien; es de todo punto indispensable que vos no me hayais visto, es preciso que por hoy aparezca como que yo ignoro todas las noticias que acabais de comunicarme. Es un esfuerzo y un cruel sacrificio; pero tengo el deber de imponérmelo. Eumolpe saldrá de esta cámara diciendo que yo habia salido de ella, con un motivo cualquiera, en el momento de entrar él, y que se ha cansado de esperar en vano que yo volviera á presentarme, yendo á reunirse de seguida con Cneyo y Chrysis.... ¡Ah!.... ¿Cómo están? ¿Son hermosos? ¿Chrysis es bella?

—Chrysis es vuestra hija.

—¡Ay de mí!—dijo Silia suspirando. Después aquella madre, que luchaba

entre la realización de sus planes y el deseo de ver á sus hijos, añadió:

—Concluyamos: les diréis á ellos que no habeis podido llegar hasta mí, y que sólo habeis alcanzado por medio de un recado la promesa de que os recibiré mañana á la misma hera.

—Pero ellos insistirán.

—Tan poco valeis y tan escaso de ingenio andais, que os sea difícil distraerlos por un solo día en esta hermosa ciudad? Comprendedme de una vez—continuó Silia con visible impaciencia y mal humor—mañana seré viuda; mañana seré madre; mañana les abriré mis brazos para no separarme de ellos jamas: hoy.... hoy no puedo, hoy perderia el fruto de mis más adorados proyectos.

Esta manera de remitir ó de trasladar los sentimientos al día siguiente, no es tan inverosímil como puede parecerlo á primera vista; y por nuestra parte, estamos perfectamente de acuerdo en conceder un gran fondo de verosimilitud á la anécdota que se refiere de un hombre á quien, estando profundamente dormido, se le despertó para anunciarle la muerte de su padre, y vencido por el sueño que le dominaba, volvió á su letargo exclamando: ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Qué desgracia! ¡Qué afligido voy á estar mañana!—y en efecto, al des-

pertar de nuevo, quedó sumido en la mayor tristeza. El efecto de ese sonambulismo ó de ese estado anestésico, puede producirse también por una extraordinaria fuerza de voluntad, ó por una poderosísima preocupación. Que se nos conceda esto, y entonces dirémos que no puede haber para la mujer una preocupación que iguale á la de tener que escoger entre el amor y el interés. Y si se reflexiona que habiendo cambiado el estado civil de Silia con su viudez y su libertad, que ésta tenía que seguir una conducta totalmente distinta de la que en otro caso hubiera adoptado, y que finalmente ella podía obtener un partido más ventajoso y á la vez más honorable, se comprenderá y encontrará disculpa á que ella quisiera tomarse tiempo para reflexionar sobre sus nuevas condiciones y circunstancias, así como la manera de conllevar su *próxima* viudez.

Silia explicó repetidamente á Eumolpe lo que ella pretendía de su ingenio y de su prudencia, y dió más fuerza á sus órdenes y á sus argumentos con un bolsillo lleno de oro que el griego recibió con gratitud; aunque consideró este donativo como cosa insignificante, en comparación con las utilidades que esperaba reportar de su acceso á la casa de Silia, de los servicios que iba á prestar á ésta y del domi-

nio que sabría ejercer sobre la mujer que tan aturdidamente se le había confiado sin conocerle.

II.

—Es imposible que veais hoy á Silia— exclamó Eumolpe al reunirse con Cneyo y con Chrysis.—Nadie ha podido alcanzar una audiencia de esa dama, y bien habréis podido ver que los más nobles patricios han sido despedidos, sin haber logrado saludarla. Yo también la he esperado largo rato, hasta que al cabo me ha enviado á decir con una esclava que me rogaba que volviese mañana á esta misma hora, con los extranjeros que pretendían presentarse á ella.

—Pues bien—dijo Cneyo—vcy yo mismo á hacerme anunciar y verémos si se niega también á recibirme.

—Guardaos bien de acometer tal empresa—dijo vivamente Eumolpe—porque no conoceis el carácter de Silia, y además ignorais otras circunstancias. Quien quiera que seais, Silia no os recibirá, ni nuestro aviso le sería comunicado; y si por medio de la violencia, que es difícil y arriesgado, llegaseis á penetrar hasta su retiro, la causaríais una impresión fatal, cuyas consecuencias no sabemos cuánto po-